

## COMENTARIOS CRITICOS

*Humberto Giannini*

### EL DESAFIO ESPIRITUAL DE LA SOCIEDAD DE MASAS\*

RESULTA difícil no asociar la obra de Jorge Millas a las polémicas políticas de nuestro tiempo. Y como quien busca encuentra, no es de admirar que se escuche o la silba o el batir de palmas cuando nada o muy poco se ha dicho todavía de la obra misma.

En Chile se escribe poco. Pero lo extraño es que nos paguemos de no leer lo poco que se escribe. Y los críticos, que escriben por deber sobre el pensamiento ajeno, están a veces más ocupados con sus propias ideas y a tal punto que sólo ven lo que quisieran ver. Esto último ha sucedido con el libro de Millas.

Es cierto que el autor deja pasar más de un juicio sobre determinadas doctrinas políticas; pero, afirmar, como podría hacerlo Millas, que el remedio —el remedio marxista en este caso— es peor que la enfermedad, no autoriza a proclamar a nombre del autor y del propio ¡Viva la enfermedad! Yo no creo que un hombre como Jorge Millas venga con tolerancias y concesiones para quienes las quisieran. Por el contrario, estoy convencido, su pensamiento no puede, sin malicia, ser interpretado como lo ha hecho Alone.

Mas a quien debemos respeto, debemos también franqueza: un desafío aceptado implica la posibilidad de vencer el peligro que nos determina en la decisión de enfrentarlo. Para vencer, en la modalidad que al hombre conviene, hay que convencer. ¿De qué y cómo? A mi manera de ver, la obra quisiera dar cabida a estas respuestas, sin lograrlo plenamente. Sobre este punto exclusivamente se concentrará nuestra atención.

*El desafío espiritual de la sociedad de masas* es, por una parte, una suerte de fenomenología de nuestra situación histórica; una diagnosis que habla “con acento dramático del drama contemporáneo” y a la cual debemos reconocer hondura y penetración.

Las doctrinas políticas muévense en el plano de las soluciones articuladas y, aunque carezcan habitualmente de una actitud penetrante que saque todas las implicaciones espirituales del fenómeno que incita al planteamiento de soluciones, no pueden dejar de hablar de ideales como los de ‘dignidad humana’, ‘libertad’, ‘goce universal de los bienes espirituales y materiales’, etc. Una fenomenología social es otra cosa. A su autor no tenemos derecho a preguntarle: bueno, ¿y qué solución tiene Ud.? Ni tendría por qué responder. La suya es una advertencia a fin de que el hombre público —y en cierta medida todos lo somos— “tome conciencia del mal que nos aqueja”. La obra de Jorge Millas no se detiene, sin embargo, en esa mera descripción: en cada capítulo nos encontramos con sugerencias, con planificaciones a grandes trazos y, en fin, con intentos correctivos que deberían mostrar cómo el peligro advertido mediante el pensamiento fenomenológico previo se pueda trocar en posibilidad de auténtico humanismo. Y es justamente aquí donde el autor debe moverse entre doctrinas políticas, y enjuiciarlas.

\* Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1962

Hay algo que no puede pasarse por alto: el proletariado si no de derecho, de hecho coincide cualitativamente con la masa, debido a las situaciones que le son negadas. Ahora bien, el marxismo tiene una respuesta para el fenómeno de la génesis de la sociedad de masas y una clara conciencia de lo que habría que hacer. La marxista, respondería Millas, no es una solución para el individuo, pues "deja intacta la alienación de la vida integral, al hacer del proceso de la cultura un mecanismo de determinación dialéctico-materialista, que convierte la conciencia individual en un puro epifenómeno del orden intrasistemático de la producción social" (p. 188). Lo que descorazona en la obra de Millas es que ésta impugne del marxismo lo que resulta impugnable en igual o mayor grado a cualquier sociedad ultradesarrollada o actitudes —meras actitudes— concomitantes a ciertos contenidos ideológicos y a ciertas maneras de encarnarlos.

Si un contenido ideológico crea fanáticos, si logra para sí una adhesión absoluta, incondicional, significa que posee cierta capacidad para garantizarse a sí como verdadero, y como tal se lo defiende y se lo inculca. Ser tolerante con el error representa un crimen, y es error todo lo que no está de acuerdo con las razones que doy, arguye el intolerante. Angustiosa es la situación de quien debe defender la tolerancia aun ante el error que compromete la existencia o la vida superior de aquellos que amamos. La tolerancia no es un valor incondicionado; debe declararse su condición a fin de que no se la confunda con la indiferencia. Hay quien 'tolera' el error teórico, por ejemplo, porque juzga que la vía del razonamiento correcto no es la vía exclusiva de relación a lo absoluto. Otro, será tolerante, porque en cada situación está dispuesto a reconocer que puede equivocarse. Mas esta posibilidad, dada la magia del contenido fogosamente aceptado por quien está a punto de caer en la intolerancia y dada la claridad con que este contenido interpreta el mundo y a los hombres, esta posibilidad le es extraña porque no se trata en el fondo de desconfiar de 'su' pensar sino de un objeto que no logra concebir distinto de como se le muestra. Si el juicio crítico pudiera ponerse de alguna manera entre el sujeto y el objeto fundidos en el acto de fe, recién podríamos empezar a hablar de una capacidad de tolerancia. Pero hay también un arraigado sentimiento de tolerancia en quien nada tiene que defender. Y por eso será terriblemente intolerante con aquellos que no piensen como él.

Y cuando se habla de opresión y de instrumentalización del individuo en aras del estado totalitario y a esto se le opone el espontáneo suponer y experimentar de la ciencia racional o la fresca y abierta expresión del arte, nuevamente —así me parece— el autor desmiente el respeto que a propósito de otras situaciones muestra por la historia y juzga con la parcialidad del político. Porque, si el capitalismo reconoce la necesidad de una profunda reestructuración de toda la vida institucional y económica y Rusia, para poner un ejemplo antagonico, no participa de este afán rectificador y cree, además, poseer el sistema capaz de cumplir la liberación progresiva del hombre, no es de extrañar que en este ámbito social la libertad creadora se haya identificado como una finalidad consciente y mayoritariamente querida y no es de extrañar tampoco que entre nosotros esa libertad se identifique con la dispersión

de opiniones y doctrinas y que, en definitiva, nos sea imposible separar la tolerancia de un disimulado escepticismo.

Pero así como debemos imaginar que en Rusia existe una minoría oprimida, en cuanto no está espiritualmente amalgamada al proceso o no lo encarna a la manera en que lo hace la mayoría, deberíamos por otra parte, reconocer que nuestra situación —la de la mayoría de los hombres que conserva su libertad— es tal vez más dramática, porque el proceso real que permite la supervivencia de un estado moderno, extraña de tal modo al individuo, a tal punto su condición se reduce a un cociente entre rendimiento y riesgo, o a una cifra de poder consumidor, que resulta bien arriesgado suponer más de un lado que del otro posibilidades de rectificación esencial. Una situación competitiva en escala mundial tiende a hacer del estado un poder absoluto, frente al individuo, relativizado; la situación interna de una sociedad, por otra parte, está en función de una compleja economía diferenciada, economía que no puede retroceder sin provocar la inanición de la sociedad misma.

Y la independencia de la Universidad, por ejemplo, ya no se complace con los compromisos reales que está asumiendo la enseñanza superior en los países más aguijoneados por el factor competitivo y circunstancial que determinan los inestables equilibrios internacionales. No se debe olvidar que hoy esos equilibrios pueden romperse en un segundo y que el saber científico racional que ha logrado construir una imagen fascinante del mundo está sometido a la presión de los estados y que esa misma imagen permite derivar fórmulas de destrucción y muerte. Ya la humanidad vivió esa experiencia. Hay quienes no pueden olvidarla, ni olvidar tampoco la espantosa simplicidad del silogismo que hizo posible la decisión. Y se luchaba contra el fanatismo...

Hace pocos meses uno de los pilotos que descargó la bomba sobre Hiroshima pidió refugio en un convento perdido en la campiña siciliana. ¿Quiere ser un individuo? Ni una sola declaración. Hablar significa ser mal interpretado, ser traído como agua al molino de las opiniones dirigidas. Quien habla ha de temer siempre la presencia de una micrograbadora bajo los dientes de su confesor y, luego, a la reproducción torcida de sus palabras, y a la opinión pública, que lee, come y conversa al mismo tiempo y que vuelve a torcer, y que todo olvida.

En resumen, el problema del fanatismo, y el problema del anti-diálogo, no se resuelven con la actitud dialogante y racional de unos pocos, por más espiritualizado que sea el diálogo y por más enriquecida que se suponga la experiencia racional. Nada pudo el sereno racionalismo estoico contra la avalancha del escándalo cristiano. Si al 'mesianismo' marxista no se puede oponer otra actitud que el diálogo racional, el marxismo ha vencido la partida. Estoy cierto que Jorge Millas no entra al campo de batalla con visera y espada de cartón. Contra lo que piensa el crítico que celebró su anticomunismo, creo que más bien ha evadido la lucha frontal. De esto no estoy seguro: si el autor acepta que lo que habría que defender de este lado del mundo es algo que de hecho permanece aquí, y en agonía; digámoslo con franqueza: el sentimiento metafísico de la justificación individual.